

I

Madrid, 2012

El paisaje del hombre es lo que queda cuando la marea se ha retirado. Piedras, conchas rotas, algas filiformes arrebujadas entre la arena como víctimas de Pompeya, víctimas arrebujadas como algas secas, tierra mojada, nada.

Me agaché a contemplar el paisaje del hombre. El cadáver de aquel hombre feo yacía de costado, con una larga herida de bala en la frente que no lo había matado y la mano derecha agarrándose la muñeca izquierda, el testimonio del dolor precordial que sí lo había matado, probando que existen cien maneras de morir de repente y que un susto bien puede ser una de ellas.

De no ser por la índole del susto, a mí nadie me habría llamado allí, así que examiné minuciosamente el largo arañazo trazado por un arma de pequeño calibre, cañón corto. Reconstruí la escena en mi interior: una pistola que apunta a una sien, un hombre que tiembla, dos hombres que tiemblan, dos temblores unidos que terminan en un disparo errado por milímetros.

Y, sin embargo, la Muerte. Sin embargo, la parca cortando el hilo que ya había decidido cortar, reclamando impertérrita su derecho.

Un asesino que no es un asesino. ¿Quién puede reclamar haber matado a alguien de un susto? Y, aun así, un asesino. Sin el agente del sobresalto no habría habido muerte.

O una asesina. Reconozco que tuve un reflejo machista; asocié durante una milésima de segundo el temblor de la mano que empuñaba el revólver (¿por qué revólver? Tal vez el cañón corto. No se puede fallar a tan corta distancia con un cañón largo) con esa vieja imagen de la sensibilidad femenina que convertía a las mujeres en seres lábiles y por tanto temblones. Borré la imagen, pero no la alerta. No podía permitirme un segundo reflejo machista y volver a pensar sólo en un hombre. Las mujeres también saben matar.

El forense llegó detrás de mí, me miró sin agacharse, como si me pidiera silenciosamente que le hiciera sitio. Me resistí sin saber por qué.

—Muerto de una impresión —diagnostiqué.

—Si no le importa, eso lo diré yo —fue la seca respuesta.

Me incorporé y cedí por fin el campo:

—Todo suyo.

Las casas de la gente son la capa inferior de su epidermis, el lugar en el que muestran y ocultan por igual, la piel maquillada. Caminé por las estancias que habían sido la vivienda del difunto tratando de algún modo tanto de hacerme idea de lo que había debajo del ma-

quillaje como de la particular índole de su cosmética, la estampa que había querido enseñar al mundo.

El salón estaba lleno de manías numéricas: siete copitas escalonadas por distintos tamaños en una vitrina, un januquiá de nueve brazos en el aparador, una licorera rodeada por cinco vasitos, tres cuadros dispuestos en la pared en un orden simétrico. Uno de ellos mostraba praderas verdes, otro era una marina con un bote varado en primer término, con el fondo de un mar tormentoso; el tercero, un retrato de mujer.

Me acerqué al retrato de mujer. Era un cuadro contemporáneo, de alguien vivo, la retratada miraba en escorzo al espectador mientras apoyaba la mano derecha sobre su propio hombro. Era una mujer de pelo cobrizo, joven, guapa, de piel no muy blanca y labios poco llamativos. O así es como la había visto el pintor.

No llevaba ninguna chapita que lo identificara. La firma del pintor era ilegible. Me puse los guantes de látex y lo descolgué.

En el reverso había un letrero escrito a mano, con letras descuidadas y disparejas: «Para Silvia». Anoté en mi agenda: «Preguntar a los deudos quién es Silvia».

Volví a colgar el cuadro. La dedicatoria apuntaba a alguien residente en la casa. No se regala un cuadro a nadie si va a ser para que dárselo uno mismo.

—Lacalle —llamé.

El aludido abandonó un momento la recogida de huellas dactilares.

—Dime.

—¿Tienes ya los datos del finado?

—Sí. —Sacó del bolsillo una PDA y leyó en alta voz—: Según la base de datos del DNI y conexas, el difunto se llamaba Arturo Cervera López, periodista, 49 años, actualmente sin empleo conocido —se detuvo un instante a mirar el salón, como si cuestionara la fiabilidad de la información—, pero con numerosos empleos anteriores en la administración pública. —Me hizo un gesto alzando las cejas—. Divorciado, sin hijos, vive solo, padres fallecidos, no tiene hermanos..., no sé si vamos a encontrar alguien a quien decirle que ha muerto.

El toque macabro de la última frase me inculó una cierta melancolía. Debería dar igual morir sin tener a nadie a quien contárselo, pero los humanos estamos hechos a pensar en la escena conmovedora de los supervivientes, en la sensación de que queda algo detrás de nosotros, siquiera sean lágrimas, siquiera por un tiempo limitado.

Nadie parecía dispuesto a llorar a Arturo Cervera. Eso era una tragedia humana, pero para nosotros suponía ante todo un problema fiscal: teníamos que buscar a cualquier posible heredero en derecho antes de declarar al Estado español heredero universal de las siete copitas, el *hanukkah*, la licorera y sus cinco vasitos, los tres cuadros y todo el dinero que aquel respetable caballero en paro hubiera estafado o no a los contribuyentes durante años, como tal vez pronto

tendríamos ocasión de ver en sus cuentas y en el valor catastral de su piso de gran tamaño.

Para mí, además, era un problema técnico: no sólo no podía preguntar a los deudos quién era Silvia, sino que se ponía de manifiesto que no se pueden hacer juicios de valor demasiado deprisa. Silvia no residía en la casa; no era familiar del finado, a no ser que lo fuera lejano. De pronto, parecía interesante saber quién era.

Aquel hombre muerto no me estaba contando la historia de su vida y a mí me hacía falta para saber por dónde empezar a buscar. Me di una vuelta por la cocina. En los armarios y en la nevera apenas había nada comestible, pero sobre todo no había nada que se pudiera desayunar.

—Me bajo un momento a la calle —anuncié.

—Los fumadores no tenéis remedio —contestó mi compañero. El forense ni siquiera se movió.

En la esquina de la finca había una cafetería. Entré, me situé delante de la plancha y pedí un café con una tostada. El camarero empezó a untar la mantequilla con gestos rápidos y profesionales.

—¿Se ha enterado de lo de ahí arriba? —pregunté.

—¿Lo del periodista? —No se dio la vuelta para contestar. La tostada parecía absorber un porcentaje de atención inmenso. Hay gente que se concentra en su trabajo—. Como para no enterarse. La poli ha montado un *show* de mucho cuidado.

—¿Le conocía?

El camarero alzó las cejas con gesto displicente.

—Que si le conocía. Desayunaba casi todas las mañanas aquí.

—Uno de esos oficinistas solitarios.

—No crea. No era hombre de muchos amigos, pero en los últimos tiempos venía con una tía que estaba como un queso.

—No me diga.

—Como lo oye. Una morena de ojos claros con una naricita respingona. —Hizo un gesto con la mano derecha, que todavía empuñaba el cuchillo de untar—. Y no era lo único respingón que tenía, ya me entiende.

Moví la cabeza, comprensivo.

—Pero no sería su novia —indagué.

—¡Buah!

Alcé las cejas, como si se tratara de los dos signos de una interrogación.

—¿Buah? —repetí.

—Puede creerme si le digo que no sólo le ponía los ojos encima.

—Los hay con suerte.

—Y que lo diga. Sobre todo siendo un tío tan feo.

La tostada ya estaba sobre la barra. Empecé a untarle la mermelada.

—¿Y no venía con nadie más?

El camarero negó con la cabeza.

—Nunca.